

## **Título de la ponencia**

Construyendo ciudad y ciudadanía: una visión de las periferias urbanas latinoamericanas

### **Datos del Autor:**

Luisa Fernanda Rodríguez Cortés

Doctorante en Antropología

Centro de Investigaciones y Estudios Superiores de Antropología Social (CIESAS – D. F.)

Domicilio: Pacifico 350. Ed. H apto 204. Col. Los Reyes Coyoacán. Del. Coyoacán. México D. F.

Teléfono: (55)5336 4177 o 0445527164108

Correo Electrónico: [luisafernanda\\_rodriguez@yahoo.com](mailto:luisafernanda_rodriguez@yahoo.com)

## **Construyendo ciudad y ciudadanía: una visión de las periferias urbanas latinoamericanas**

### **Resumen:**

La manera desigual e inequitativa como se han construido las ciudades actuales ha dado forma a relaciones sociales y políticas que impactan en la configuración misma de la ciudadanía. Los procesos de exclusión y segregación, resultado de este proceso, han constituido un limitante para el ejercicio pleno de la ciudadanía, pero es en los espacios de exclusión, propios de este modelo de desarrollo, donde las prácticas políticas tienen un lugar central en la transformación del espacio y de la vida urbana. En este sentido, las prácticas políticas urbanas dan cuenta del acelerado y contradictorio proceso de expansión de las ciudades latinoamericanas. Dichas prácticas políticas están atravesadas tanto por la emergencia de redes clientelares como por el surgimiento de movimientos urbanos que reproducen en el espacio formas diferentes de relacionarnos con el otro, con el Estado y con la sociedad en general. Así, es en el vértice de los movimientos urbanos y las relaciones clientelares que se articulan las prácticas políticas de los sectores pobres y excluidos de las ciudades y es también en dicho vértice donde es posible encontrar prácticas ciudadanas que dan cuenta de la emergencia de nuevos sujetos políticos. En esta medida, la construcción y producción del espacio urbano no sólo ha sido el contexto sino también la sustancia para la construcción de prácticas políticas ciudadanas. Este documento busca hacer una aproximación a este doble proceso de desarrollo urbano y de construcción de ciudadanía el cual se hace más evidente en las periferias pobres de las ciudades actuales. Para esto propone un análisis de carácter general que busca establecer los cimientos para, en posteriores investigaciones, dar luces sobre casos particulares.

**Palabras clave:** Ciudadanía, ciudad, crecimiento urbano, exclusión, prácticas políticas

### **Introducción**

Los procesos de urbanización se han relacionado con el avance de la ciudadanía debido a que están asociados a la alta migración desde sectores rurales hacia las urbes, la cual implica cambios sustanciales en las relaciones sociales de un espacio a otro. De acuerdo a Roberts (1995), la ubicación de las poblaciones en lugares de crecimiento urbano, con mayor heterogeneidad y densidad, promovió procesos de individualización a partir de fomentar un sentido de derechos individuales y una relación más directa entre los individuos y el Estado. De igual modo, la mayor dependencia del mercado laboral impulsó

el reconocimiento de ciertos derechos asociados al empleo asalariado y a la necesidad de sobrevivencia de los nuevos pobladores como son los derechos laborales y la seguridad social, dos elementos claves de la ciudadanía.

Sin embargo, la forma como se relacionan el crecimiento urbano y el desarrollo de la ciudadanía es ambigua. Si bien el crecimiento urbano crea presiones para el avance de derechos a la vez que crea nuevas expectativas y demandas hacia el Estado, también facilita la constitución de redes clientelares como un camino para que los sectores pobres puedan tener acceso a los bienes y servicios del Estado. En este sentido, en las ciudades se ha promovido la creación de nuevos espacios de participación y de reclamo de derechos por parte de diferentes sectores sociales, pero también ha sido en las ciudades donde las bajas condiciones de vida y la primacía de las necesidades de sobrevivencia han dejado en segundo lugar la discusión y participación en ámbitos políticos de grandes sectores de la población.

De esta manera, la producción del espacio urbano ha venido acompañado de un tipo de relaciones y prácticas sociales y políticas específicas. La ciudadanía emerge en el espacio urbano a través de la sobreposición de prácticas políticas que involucran tanto relaciones clientelares como el surgimiento de movimientos urbano populares. Este documento propone una aproximación a las formas como se construye la ciudadanía en las periferias urbanas pobres de las ciudades latinoamericanas a partir de vincular las relaciones y prácticas políticas con la producción del espacio urbano. Con este objetivo, en la primera parte de la ponencia se analiza el vínculo entre la construcción de ciudadanía y la expansión urbana. En un segundo apartado se revisan dos prácticas políticas diferentes, el clientelismo y los movimientos urbanos y su importancia dentro de la configuración de la ciudad. Finalmente, en el tercer apartado, se propone una reflexión final sobre los retos del estudio de la ciudadanía en las periferias urbanas pobres de las ciudades latinoamericanas.

### **Ciudadanía y crecimiento urbano**

La forma inequitativa y desigual como se han construido las ciudades ha traído de la mano una significación de la ciudadanía que está anclada a los espacios y tiempos que le dan sentido a las preguntas de qué ciudadanos somos y a qué comunidad pertenecemos. En el contexto urbano, dichos espacios de relaciones no son sólo condiciones materiales de

existencia, sino que son a su vez “espacios representados” donde se entrecruzan los saberes, códigos y significaciones en torno al ámbito político y “espacio imaginado” donde se refuerzan los lazos con la comunidad política a la que se pertenece (Harvey, 1998).

Antes de continuar se debe aclarar que aquí la ciudadanía se entiende a partir de la definición de Bryan S. Turner (1993) como *el conjunto de prácticas (jurídicas, políticas, económicas y culturales) que definen a una persona como miembro competente de la sociedad y, que en consecuencia, establecen los flujos de recursos hacia las personas y los grupos sociales* (p. 2)<sup>1</sup>. Esta perspectiva posibilita el análisis desde los sujetos mismos, es decir, permite acercarse a las prácticas de quienes son formalmente definidos como ciudadanos así como los que no lo son, su relación con las instituciones, las demandas y los contenidos de dichas prácticas ciudadanas.

Por una parte, al definir la ciudadanía como el conjunto de prácticas que establecen la pertenencia social se hace hincapié en el contexto social y político así como en los conflictos de poder que permean los procesos de construcción de ciudadanía. En este sentido, pensar la ciudadanía como el conjunto de prácticas políticas que influyen sobre la relación individuos-sociedad y sobre el flujo de los recursos sociales hace de ésta un marco que debe leerse a la luz de los diferentes contextos históricos y de las luchas políticas y sociales particulares.

Por otro lado, el énfasis en el acceso a recursos sociales, políticos, culturales y económicos permite superar las definiciones de tipo jurídico – legales donde la ciudadanía se restringe a una colección de derechos y obligaciones (Turner, 1993). De tal manera, la forma como se accede a los bienes y servicios públicos dan cuenta de la ciudadanía, bien cuando su acceso esta reconocido jurídicamente para toda la población o cuando éste es restringido a ciertos grupos de la sociedad.

Desde esta perspectiva, los contenidos propios de la ciudadanía no son ajenos a las dinámicas espaciales de la ciudad puesto que es allí donde son significados y apropiados por los individuos de acuerdo a sus experiencias, que ancladas en redes de poder y control social, definen un tipo de ciudadano y un sentido de pertenencia específico. Entonces, las significaciones sobre lo público y lo privado, sobre la pertenencia a identidades sociales y políticas o sobre el acceso a bienes sociales y económicos responde a “ciertas reglas básicas

---

<sup>1</sup> Traducción de la autora.

del juego social” donde “las prácticas materiales, las formas y significados del dinero, el tiempo o el espacio” tienen un lugar y un peso específico (Harvey, 1998: 251).

En esta medida las formas que ha tomado la ciudadanía en los espacios urbanos no son homogéneas y, por el contrario, responden a la articulación de diferentes prácticas políticas que desde cada contexto y lucha social alimentan diferentes prácticas de ciudadanía. La construcción de la ciudad física y socialmente ha generado lugares -casi siempre hacia la periferia- donde los habitantes se encuentran en precarias condiciones que resultan de la distribución diferenciada del espacio según los recursos y los servicios urbanos disponibles.

En este contexto la configuración de prácticas ciudadanas en la ciudad se ve a travesada, por una parte, por la movilización de los sectores populares que reclamaban al Estado mejores condiciones de vida y, por la otra, por la individualización propia de las condiciones de vida laborales y el crecimiento de los derechos sociales -propia del periodo entre las década del cuarenta y el setenta<sup>2</sup>-.

Bajo este escenario los sectores pobres necesitan, por una parte, generar redes comunitarias para presionar y gestionar el acceso a servicios básicos pero, por la otra, se enfrentan a la alta instrumentalización de sus demandas por los grupos de poder. Esta tensión se manifiesta en una ciudadanía que toma forma a partir de las relaciones que en la vida diaria establecen los individuos tanto con instituciones formales como con los vecinos, amigos, familiares, es allí donde se aprenden las formas de participación, sus derechos y deberes, y su pertenencia a una comunidad específica.

A pesar de que la ciudad ha sido un eje de la expansión de la ciudadanía, el crecimiento urbano contradictorio propio del capitalismo contemporáneo ha hecho de las ciudades espacios segmentados y centros de ciudadanos segunda clase y no- ciudadanos en condiciones de exclusión. En las zonas de exclusión es más evidente como el espacio se produce a partir de relaciones de poder, que lo modifican y significan de acuerdo a diferentes formas de control social, definiendo allí el papel de los individuos y su lugar

---

<sup>2</sup> Sobre este periodo Bryan Roberts (1995) argumenta que con el predominio del modelo de sustitución de importaciones respaldado en un Estado de bienestar, se dio primacía a los derechos sociales sobre la precariedad de los derechos civiles y políticos. La importancia de los derechos sociales en América Latina entre la década del cuarenta y del setenta se debió a que la urbanización y el desarrollo económico significaron procesos de movilidad social para la población migrante que llegó a las ciudades.

dentro del sistema político, dentro de su comunidad así como sus derechos y deberes como ciudadanos.

La segmentación social y física del espacio ha fragmentado la producción de prácticas políticas de manera que no es posible pensar que los sectores de clases medias y altas urbanas ejercen la ciudadanía de igual forma que los sectores pobres, la manera como se establecen las relaciones políticas en el contexto urbano tienen un contenido espacial que se alimenta y sobrepone a las formas de exclusión y segregación social.

De este modo, la configuración política del espacio se articula con los procesos de exclusión y de pobreza, es decir, el ejercicio limitado de la ciudadanía corresponde simultáneamente a los sectores de la población en condiciones de pobreza y a los espacios que estos sectores producen. Así, la exclusión política tiene un componente territorial que se espacializa en las ciudades a partir de la segregación y la exclusión social derivada de la misma.

Sobre este tema James Holston (2008) argumenta que en las periferias urbanas de Brasil desde los años setenta se ha configurado una “ciudadanía insurgente” que desestabiliza a la ciudadanía impuesta. La experiencia de la vida en las periferias urbanas marginadas, particularmente en cuanto a los conflictos por la vivienda, la autoconstrucción y propiedad de la tierra se han constituido en “contenido y substancia de una nueva ciudadanía urbana”<sup>3</sup> (p. 4). Así, la ciudadanía no se configura a partir de la lucha por el reconocimiento de derechos de tipo laboral -con lo cual fue asociada tradicionalmente- sino por la lucha en el reconocimiento del derecho a la ciudad.

Siguiendo a Holston, la historia y los procesos de las zonas urbanas marginadas, donde a través de la autoconstrucción se establece una vivienda, se configura una colonia y se reproduce la vida urbana, dan contenido a nuevas formas de participación, nuevos derechos y a nuevas prácticas de ciudadanía. Las periferias urbanas constituyen un espacio de constructores de ciudad y de ciudadanía, por lo cual la ciudad no es sólo el contexto de lucha de la ciudadanía, su paisaje de concreto y estuco así como su infraestructura eléctrica y de aguas son a la vez la substancia misma de la ciudadanía (Holston, 2008: 8).

Bajo este esquema, las relaciones políticas y sociales, así como la construcción de ciudadanía en las ciudades, ha estado atravesada por los crecientes procesos de desigualdad

---

<sup>3</sup> Traducción del autor.

y exclusión. Es bajo el contexto de alta pobreza y exclusión que los movimientos sociales así como las relaciones de intercambio clientelar han creado nuevas prácticas ciudadanas que rompen con el vínculo entre la segregación y exclusión social y la exclusión política.

A pesar de que la exclusión política se evidencia fuertemente en los sectores pobres de las ciudades actuales, también es en los sectores pobres donde las relaciones políticas y sociales han recreado a nuevos sujetos políticos conscientes de sus derechos y dispuestos a reclamarlos. Si bien como afirma Jorge Alonso, “el Estado es interlocutor y reglamentador obligado en los problemas urbanos”, la política exclusión impulsada desde el Estado en las periferias urbanas ha conllevado a que las relaciones sociales y políticas escapen del ámbito estatal y emerjan desde el ámbito local. Por consiguiente no es posible limitar las prácticas políticas de los sectores pobres y excluidos a prácticas clientelistas, por el contrario las prácticas políticas que emergen desde las periferias urbanas en muchas ocasiones han dado forma a nuevas prácticas ciudadanas.

### **Entre movimientos urbanos populares y relaciones clientelares**

En la producción del espacio urbano han tenido un papel importante los sectores populares que a través de movimientos urbanos u organizaciones sociales de menor escala y líderes locales han trazado y construido su ciudad, como su espacio de vida. En esta medida, las políticas del Estado dirigidas a la ciudad han estado atravesadas por la tensión constante entre los movimientos, las políticas de tolerancia hacia éstos y/o la represión y limitación de sus acciones.

En este sentido, el cruce entre clientelismo y los movimientos urbanos ha sido eje fundamental de la construcción misma de la ciudad. Es a través de la acción e iniciativas de los individuos, a través de formas organizativas de diferente tipo, de la presión y demanda hacia el Estado así como a través de procesos de autoconstrucción de espacios urbanos que la ciudad ha crecido. Desde aspectos como la puesta en marcha de servicios de transporte público hasta cuestiones como la instalación de agua, luz, drenaje, banquetas, pavimentación de calles y avenidas, entre otros, han sido, en muchos casos, resultado de la iniciativa y demanda de los individuos frente al Estado. Las maneras como se construye la ciudad reflejan un amplio espectro de estrategias y herramientas utilizadas tanto por los sujetos como por el Estado en la construcción del espacio social urbano. De tal modo, el

proceso de urbanización ha estado atravesada por la dimensión política de la organización social (Galindo, 1985).

En las zonas pobres se evidencian más claramente cómo el crecimiento y avance de la ciudad da cuenta de un tipo específico de relaciones políticas que se reproducen a partir de líderes locales, formas organizativas y comunitarias, la presencia de partidos políticos, o incluso la indiferencia social. Es allí donde surge la imbricada tensión entre los movimientos urbanos y las relaciones clientelares. Dicha relación *no* corresponde a un proceso lineal donde primero se encuentra la organización comunitaria “autónoma” que posteriormente se corrompe y establece relaciones de tipo clientelar, por el contrario los límites son borrosos ya que ambos pertenecen al mismo proceso de configuración de las relaciones políticas en las ciudades latinoamericanas.

Antes de continuar es conveniente especificar que se entiende aquí por clientelismo. La definición clásica elaborada por Luis Roniger define el clientelismo como un tipo de intercambio social el cual se construye sobre una base asimétrica que proporciona mutuo beneficio a los miembros del intercambio, el cual se materializa sobre un control diferenciado del acceso a recursos y sobre el flujo de éstos en las sociedades estratificadas (Roniger, 1994).

Aquí los seguidores o clientes no son “ciegos y/o tontos bajo el poder de la política clientelar” ni por el contrario se pueden pensar como calculadores permanentes de la mejor elección de patrones o clientes. De acuerdo a Auyero (2001), las redes informales y clientelares existen con anterioridad a su manifestación pública e implican representaciones culturales compartidas las cuales hacen parte de la vida diaria de los individuos que viven en situaciones de privación material y “destitución social y cultural” (Auyero, 2001: 29). Estas redes son resultado de un proceso largo de interacciones que, aunque usualmente inician con un favor, deben ser continuamente cultivadas y practicadas (Auyero, 2000).

La permanencia en el mediano y largo plazo de estas redes de relaciones conllevan el establecimiento de relaciones de confianza, solidaridad, una idea de un “mejor futuro”, familiaridad y reciprocidad en el intercambio entre patrones, mediadores y clientes (Ibid.). Una característica que se puede agregar es la lealtad, aquí la lealtad hace las veces de un “código ético correspondiente a un tipo específico de relaciones sociales establecidas para el intercambio informal de recursos” (Adler-Lomnitz, Adler, y Salazar, 2004: 26).

En este contexto las relaciones de intercambio clientelar no están cargadas con un contenido peyorativo propio del discurso político reciente, sino por el contrario se entienden como una forma de las relaciones políticas y sociales que en el largo plazo han generado prácticas políticas específicas, algunas de tipo ciudadano y otras no.

Es preciso resaltar dos dimensiones centrales del clientelismo que usualmente pasan desapercibidas. La primera es que el clientelismo es más que el intercambio de votos por favores, éste involucra prácticas cotidianas donde se construyen lazos sociales de solidaridad y reciprocidad que trascienden el momento electoral. Si bien el proceso electoral es parte importante dentro del intercambio, éste no es el único momento de una relación que a partir de la resolución de problemas de la vida cotidiana refuerza identidades sociopolíticas a la vez que provee bienes y favores (Auyero, 2000).

En segundo lugar, en el contexto de reestructuración del Estado y desplazamiento de su rol como garante de la seguridad social, el clientelismo aparece cada vez más como una red informal de sobrevivencia. A través de las redes clientelares se tiene acceso a bienes básicos como alimentos, medicamentos, servicios de salud, vivienda, entre otros, que antes eran cubiertos por otros mecanismos públicos de provisión de bienestar. Hoy es claro que las redes informales de sobrevivencia se sobreponen a las redes políticas, es decir que “las redes de sobrevivencia están creciendo ancladas en las redes políticas” (Auyero, 2001). En palabras de Auyero, “las estrategias de sobrevivencia están ancladas en una red política de solución de problemas porque se expresan en las interacciones entre agentes de un partido político o un funcionario estatal y los residentes de la villa” (ibid: 100).

Estas dos dimensiones del clientelismo evidencian su papel e importancia dentro del contexto político y económico como nuevo canal de acceso a los recursos y como esquema de relaciones fundadas en la reciprocidad y el intercambio que respaldan un tipo de identidades políticas y sociales. Así el clientelismo es un canal a través del cual se distribuyen recursos de arriba hacia abajo mientras se obtiene respaldo, apoyo y a veces votos, de abajo hacia arriba.

Dicha canalización y distribución de los recursos de manera discrecional es cada vez más importante para las personas de bajos recursos. A través de éstas se accede a bienes básicos de tipo individual y colectivo, incluso gran parte del crecimiento urbano han sido

resultado de redes de intercambio a partir de las cuales los sectores pobres de la periferia urbana han accedido a servicios urbanos mínimos.

En suma, la producción de las zonas pobres de la periferia urbana está, desde sus inicios, vinculada estrechamente con los procesos políticos. Allí los sectores pobres han estado relacionados, directa o indirectamente, a las políticas fundadas en la dependencia y confrontación con los poderes estatales. No obstante, es necesario enfatizar que la relación entre los pobres urbanos con el Estado no sólo se ha basado en una relación de dependencia, sino que esta relación ha estado permeada también por relaciones de negociación, presión y confrontación a partir de procesos organizacionales o de los movimientos sociales urbanos.

En la medida en que la construcción del espacio en la ciudad emerge en la disputa por los recursos urbanos -como son espacios y servicios públicos- se han utilizado diferentes estrategias políticas que van desde la movilización hasta la presión por medio de influencias (Alonso, 1986). En la disputa por el acceso a dichos recursos urbanos que van desde la vivienda, agua, drenaje, electricidad, hasta escuelas, hospitales y transporte público se articulan el ejercicio y demanda de derechos ciudadanos, las formas organizativas o movimientos urbanos y las relaciones de intercambio clientelar.

En esta dirección la emergencia del movimiento urbano así como otras formas organizativas también han tenido una importancia fundamental en la definición de las relaciones y prácticas políticas en la ciudad. Por lo tanto, no es posible entender la construcción de prácticas de ciudadanía en los sectores pobres de las ciudades latinoamericanas sin tener en cuenta el papel que los movimientos y organizaciones urbanas tuvieron, y tienen hoy, en el establecimiento de las relaciones entre los individuos y el Estado.

Para esto es pertinente el análisis que Raúl Zibechi (2008) realiza sobre los movimientos sociales urbanos. Este autor propone que el estudio de los movimientos sociales debe iniciar por tener en cuenta ya no las formas de organización y los repertorios de movilización sino las relaciones sociales y los territorios, es decir los flujos y las circulaciones que implica un “movimiento societal” y no sus estructuras (Zibechi, 2008). En este sentido se aleja de los estudios centrados en los aspectos formales de los movimientos sociales como son las formas de organización, los objetivos que persiguen, la

pertenencia estructural de sus integrantes, las características de la movilización y el momento y motivo por los cuales interrumpen en el ámbito social.

La noción de “movimiento societal” busca dar cuenta de los procesos organizativos que reproducen relaciones sociales diferentes y que se reproducen al lado de las relaciones dominantes. Por lo tanto, es posible incorporar en el análisis los movimientos que emergen en una sociedad, que mueven y modifican la forma como se establecen las relaciones sociales dominantes, aunque éstos no necesariamente se encuentran formalmente estructurados, con dirigentes y con un programa definido, muchas veces el “movimiento societal” se desarrolla desde sujetos que en la cotidianidad se definen como factores importantes del cambio social.

Dicho de otra manera los movimientos son en sí mismos “sociedades en movimiento” que en últimos 15 y 20 años han incorporando en su lucha dentro del ámbito urbano el rescate por la territorialización propia de sus espacios de vida. De tal manera, el espacio en el cual se arraigan los movimientos sociales deja de ser un espacio neutro o un medio de producción y empieza a ser una creación político cultural de modos de vida diferentes (Zibechi, 2008).

Quando ese movimiento–desplazamiento arraiga en un territorio, o los sujetos que emprenden ese mover-se están arraigados en un espacio físico, pasan a constituir territorios que se caracterizan por la diferencia con los territorios del capital y el Estado (Ibid: 31).

El territorio, desde esta perspectiva, se convierte en un eje central dentro de la emergencia de la sociedad en movimiento. El territorio en las zonas periféricas y pobres de las ciudades es un eje clave debido a que no es sólo es espacio de reproducción material sino también social. La lucha por la configuración y producción espacial de la ciudad también es la lucha por la transformación en las relaciones políticas y sociales. En este sentido, los movimientos sociales urbanos han tenido un papel central en el establecimiento de las relaciones políticas y sociales de la ciudad, es allí donde las prácticas de ciudadanía adquieren significado y son marcadas en el territorio.

Los movimientos sociales o “movimiento societal” en el contexto urbano han dado forma y han producido un espacio social y político específico. En este sentido, la ciudad en muchos espacios ha sido “construida y gobernada por los más pobres en base a una rica y extensa red comunitaria” (Zibechi, 2008: 33).

Siguiendo a Zibechi, desde la segunda mitad del siglo XX las periferias de las grandes ciudades han ido formando un “propio mundo”, resultado de la apropiación de la tierra para la creación de territorios de donde emergen nuevas subjetividades y nuevos sujetos políticos. Este “propio mundo” se distancia de los movimientos societales anteriores en la medida en que ya no están conformados por la clase obrera sindicalizada y, por el contrario, son territorios articuladores de nuevos oficios que hacen frente a la desocupación desde economías contestatarias (Ibid: 71).

Se debe destacar que desde la perspectiva de “movimiento societal” o “sociedades en movimiento” la relación que establecen los sujetos con el Estado, los partidos, la Iglesia, entre otros, es fundamentalmente una relación instrumental. En contraste con las relaciones de tipo clientelar que se reseñaban anteriormente, las relaciones instrumentales dan cuenta del encuentro entre dos mundos diferentes y opuestos, encuentro en el cual no se espera del otro sino obtener una ventaja o beneficio específico. Aquí, los sectores pobres no buscan tener una representación en las instituciones formales sino obtener beneficios específicos (Zibechi, 2008).

Al respecto aquí se parte de que las relaciones entre los sectores pobres y las instituciones formales del Estado así como los partidos políticos son relaciones complejas y no son lineales o excluyentes. Si bien sí hay diferencias conceptuales entre lo que se denomina relaciones clientelares y relaciones instrumentales, dado que dan cuenta de dos modos de intercambio específicos además que establecen dos concepciones sobre los sectores pobres y su relación con el Estado, también se debe reconocer que en la realidad social estas dos formas son fácilmente articulables. Es decir, la utilidad de esta separación es conceptual y analítica dado que en la realidad social los movimientos sociales no establecen relaciones puramente instrumentales o clientelares, estas son formas sociales de acceder a bienes y servicios que están atravesadas por coyunturas políticas, sociales y económicas así como por relaciones de confianza/desconfianza, reciprocidad/lealtad, solidaridad/indiferencia, entre otros.

De tal manera, no se trata aquí de contraponer las redes clientelares y los movimientos sociales urbanos o formas organizativas. Por el contrario, ambos hacen parte de la conformación en el largo plazo de las relaciones entre los individuos y el Estado y así de la producción del espacio urbano. En esta medida, al interior mismo de los movimientos

urbanos así como de las formas organizativas más flexibles se articulan las contradicciones de proyectos populares que conviven con relaciones de tipo clientelista (Alonso, 1986) y/o instrumental.

En términos generales, las relaciones entre los individuos y el Estado no se basan en el acceso y ejercicio de derechos, lo que evidencia que no son un tipo de relaciones ciudadanas. Sin embargo, es posible encontrar prácticas ciudadanas envueltas en las entrañas de las relaciones de intercambio que se mezclan con prácticas políticas autónomas y contestatarias. Así, tanto las relaciones de tipo clientelar como la organización social y el movimiento urbano han puesto los cimientos de la relaciones dialéctica entre sujetos, sociedad y Estado en el contexto de las ciudades actuales configurando en el largo plazo un tipo de relaciones políticas y sociales que atraviesan la idea y práctica de la ciudadanía.

Las prácticas de ciudadanía se entrecruzan y sobreponen con otras prácticas políticas que emergen desde los movimientos sociales o organizaciones urbanas y entre las relaciones clientelares y la demanda de derechos. De este modo, la exclusión política que viene aparejada de otras formas de exclusión y segregación establece relaciones políticas y sociales desde las cuales también se producen prácticas de ciudadanía.

Si bien los procesos de exclusión y segregación social han marcado la vida dentro de las ciudades, las prácticas políticas de los sectores pobres resignifican y redefinen las prácticas ciudadanas a vez que dan forma a su espacio urbano. En este sentido, en la ciudad se producen en un mismo espacio, por una parte, procesos de exclusión y segregación y, por la otra, proceso de inclusión a partir de prácticas de políticas ciudadanas. Por lo tanto, en la ciudad se han territorializado los procesos de exclusión social y política, pero también se puede pensar que se han logrado territorializar prácticas políticas alternativas que redefinen el concepto de ciudadanía.

### **Reflexión final**

La configuración social de la ciudad ha creado espacios de exclusión donde las condiciones de existencia de sus habitantes están influenciadas no sólo por la segregación espacial, sino que se enmarcan en el precario acceso a bienes y servicios, en el fraccionamiento de la vida social, los débiles sentimientos de pertenencia y, en consecuencia, en el ejercicio de una ciudadanía de segunda clase. Aquí la frase de Rudder (1995) “la ciudad de todos no es la

ciudad de cada uno” toma mayor significado en la medida en que los espacios de la ciudad cuentan con recursos y servicios distribuidos desigualmente, lo que marca la vida de sus habitantes, tanto en el ámbito privado como en el público.

Aquí es necesario tener en cuenta que la exclusión y la pobreza también han dado forma a un tipo de relaciones sociales y prácticas políticas específicas. Es en las periferias pobres donde la emergencia de movimientos urbanos y organizaciones sociales así como la expansión de redes de intercambio clientelares e instrumentales hablan de un ejercicio diferenciado de la ciudadanía. Las relaciones entre individuos, sociedad y Estado desde las periferias urbanas en condiciones de exclusión configuran prácticas políticas que se sobreponen el ejercicio y reclamo de derechos frente al Estado, el surgimiento de movimientos autónomos y el establecimiento de redes de intercambio de favores fundadas en la confianza y lealtad.

En esta medida, los procesos de exclusión y segregación social han venido acompañados de la producción de nuevos espacios de ciudadanía. La manera como se construye hoy ciudadanía tiene un referente territorial que no se puede simplemente hacer a un lado, la forma como las relaciones políticas han cambiado el panorama de la ciudad se hace cada vez más evidente y es allí donde hoy debemos fijar nuestra mirada. Por lo tanto, el examen de las formas de exclusión política, o su contraparte el surgimiento de prácticas ciudadanas, dentro del contexto urbano es un tema que se debe revisar más a detalle y no necesariamente bajo la lupa de las teorías de la democratización.

## **Bibliografía**

- Adler-Lomnitz, Larissa, Ilya Adler y Rodrigo Salazar. 2004. *Simbolismo y ritual en la política mexicana*. México: Siglo XXI Editores, UNAM.
- Alonso, Jorge. 1986. Movimientos sociales en el Valle de México. Una introducción. En *Los movimientos sociales en el Valle de México (I)*, editado por J. Alonso. México: CIESAS, pp. 17-52.
- Auyero, Javier. 2000. The logic of clientelism in Argentina: An ethnographic account. *Latin American Research Review*, vol. 35, issue 3:55-81.
- . 2001. *La política de los pobres. Las prácticas clientelistas del peronismo*. Buenos Aires: Cuadernos Argentinos Manantial.

- Galindo, Luis Jesús. 1985. *Movimiento urbano popular y cultura política. Análisis del caso de la Delegación Tlalpan, Distrito Federal*. México: [S.E.].
- Harvey, David. 1998. *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Argentina: Amorrortu Editores.
- Holston, James. 2008. *Insurgent Citizenship: Disjunctions of democracy and modernity in Brazil*. Princeton: Princeton University Press.
- Roberts, Bryan. 1995. *The making of citizens. Cities of peasants revisited*. London: Hodder Headline Group.
- Roniger, Luis. 1994. Clientelism and Civil Society. En *Democracy, Clientelism and Civil Society*, editado por L. Roniger y G. Ayata. London: Lynne Rienner Publishers, pp.
- Turner, Bryan. 1993. Contemporary problems in the theory of citizenship. En *Citizenship and the social theory*, editado por B. Turner. London: SAGE Publications Ltd, pp. 1-18.
- Zibechi, Raúl. 2008. *Territorios en resistencia. Cartografía política de las periferias urbanas latinoamericanas*. Buenos Aires: La Vaca.